

Presentación

Los aciagos acontecimientos recientes en Japón repercutirán sin duda a nivel mundial. El daño sufrido por ese país nos conmueve e identifica con una sociedad que a lo largo de centurias contribuyó a la cultura universal con sus artes, su arquitectura y su esplendoroso progreso científico y tecnológico. La primera reflexión de este segundo número de *Orientando* está dedicada, pues, a Japón y a su pueblo, deseando y esperando que se recupere de los principales males provocados por la singularmente violenta catástrofe que abatió a sus tierras.

Los sucesos de Japón nos remiten a la historia de la consolidación de los estados modernos y europeos y a los sucesos que en algunos países de Oriente, especialmente, contrastaban con la euforia despertada por los albores de la revolución industrial, que tenía su epicentro en Gran Bretaña.

Europa primero, luego Estados Unidos, y después gran parte de los países del mundo entero fueron ingresando a la carrera tecnológica impuesta por la lógica a la que se suscribieron la casi totalidad de las principales corrientes de pensamiento, mientras algunas voces marginalmente alertaban sobre los límites del “progreso”, de ese que se daba a través del uso y abuso de los recursos naturales.

Antes de la generalización del camino elegido por Occidente, e incluso en un paralelo temporal con la revolución industrial, tuvieron lugar otras ricas experiencias sociales que buscaban caminos diferentes a la incesante revolución tecnológica, y cuya creatividad descansaba en lograr una mayor destreza de los trabajadores, en lugar de convertir al individuo en un especialista de un aspecto puntual del proceso productivo y luego en un apéndice de las máquinas.

El destacado historiador y demógrafo Karou Sugihara, le atribuye a Akira Hayami una importante reflexión sobre el proceso de transformación, particularmente en Japón, a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX.

Akira Hayami señala que, mientras en Europa Occidental las grandes transformaciones tecnológicas se daban en relación con los cambios en el stock de capital (revolución industrial), en el periodo del régimen Tokugawa (1603-1868) se privilegió la absorción de mano de obra y la diversificación de ésta, que crecientemente destinaba su tiempo a actividades agrícolas y a otras habilidades artesanales y comerciales. Ambos procesos tuvieron como base instituciones de muy distinta naturaleza.

Un hecho similar registra la historia de China. Esta antigua cultura privilegió, desde tiempo inmemorial, una organización social de base agrícola en donde el empleo pleno de la capacidad de trabajo de la población fue el cimiento de su estructura y de su organización institucional. Sugihara afirma que esas instituciones fueron lo suficientemente sólidas como para incorporar la totalidad de la mano de obra disponible mediante la aplicación de técnicas intensivas

en trabajo, y que apoyándose en el aumento de la productividad de la fuerza de trabajo como respuesta a las limitaciones en recursos naturales (especialmente la escasez de tierra), permitieron a los países de Asia oriental experimentar un importante aumento de población acompañado, no por un deterioro, sino por una mejora del nivel de vida.

La época de la revolución industrial en Europa coincidió con importantes cambios en el este de Asia, en donde, a diferencia de las naciones del Oeste, los mercados y las instituciones fortalecieron la calificación de la fuerza de trabajo, con menor interés por la transformación tecnológica. Este camino se malogró porque la competencia, impuesta por occidente, provocó la necesidad de asimilar rápidamente una plataforma tecnológica que identificaba el “progreso” con la acelerada apropiación y transformación de la naturaleza por parte de los hombres.

A esa carrera accedieron, como se sabe, primero Japón, luego otros países del Sudeste asiático, y finalmente China e India. Esos países demostraron que podían ser competitivos, pero a cambio renunciaron a otros caminos de mayor armonía con la naturaleza. Hace apenas 60 años Japón no producía energía atómica, y China mantenía una estructura agraria intensiva en fuerza de trabajo en territorios que habían cumplido miles de años produciendo cultivos y generando los productos necesarios para satisfacer las necesidades alimentarias de centenares de millones de personas.

Tales experiencias históricas, en las que se tomaba como base del progreso la destreza de los trabajadores, siguen siendo una vía a explorar para revertir el

proceso depredador que parece dejarnos un mundo inviable para generaciones futuras.

La concepción malthusiana fue especialmente rebatida en la práctica en China, cuya población, durante siglos, había llegado varias veces hasta un techo de entre 100 y 150 millones de habitantes para volver a caer, mientras que hacia el año 1800 había crecido hasta cerca de 400 millones de habitantes. Ese crecimiento poblacional se dio sin desmedro de los niveles de consumo y fue fruto casi excluyente de mejoras en la capacidad productiva, sin cambios sustantivos en la dotación de instrumentos de trabajo. Se trata de un proceso que fue definido -por parte de Sugihara, Akira y otros pensadores japoneses- como el de la Revolución Industrial, y que no debe ser visto apenas como un antecedente de la Revolución Industrial, sino como un camino alternativo. Aunque en la presente revista la cuestión no será específicamente tratada, se quiere señalar la pertinencia del tema a la luz de los últimos sucesos.

Entre lo más importante de las últimas décadas, de manera reiterada aparece el extraordinario desarrollo económico de China, un país que a pesar de ocupar los primeros lugares del ranking en los análisis globales de competitividad, conserva buena parte de sus fundamentos filosóficos y los adecúa en su ingreso a la competencia por los mercados internacionales. Y es que, precisamente, a partir de la apertura de China, nuevas corrientes de pensamiento ingresan al país junto con la radicación de empresas transnacionales, al punto en que sus especialistas en administración comienzan a cuestionarse sobre la pertinencia de su estilo de liderazgo en comparación con el liderazgo occidental.

En este número, el **Dr. Zhang Kai**, en colaboración con el **Dr. Huang Ying**, de la Renmin University of China (Universidad del Pueblo de China), ofrecen un análisis sobre las tres dimensiones del liderazgo paternalista (líder benevolente, líder autoritario y líder moral) que opera en las empresas e instituciones de China y que está fuertemente arraigado en su ancestral cultura. La interacción comunicacional y laboral que las nuevas generaciones de chinos comienzan a tener con el mundo occidental podría someter el liderazgo paternalista a serios cuestionamientos por parte de los trabajadores. Sin embargo, los investigadores concluyen en que una diferencia sustancial con el liderazgo occidental puede radicar en la manera en que los directivos de las empresas chinas ejerzan sobre los empleados un liderazgo moral, es decir, predicando con el ejemplo.

Este es un tema que atañe también a los empresarios chinos interesados en invertir y radicar empresas en otras regiones del mundo, pues las diferencias en la manera de resolver los conflictos laborales entre China y los países a los que destina su inversión extranjera directa pueden constituir un factor decisivo en el éxito o fracaso de sus proyectos internacionales.

El maestro **Wu Guoping**, investigador del Instituto Latinoamericano de la Academia de Ciencias Sociales (ilas-Cass) de China, colabora también en este número con un artículo dedicado al análisis de los riesgos y oportunidades de invertir en América Latina y el Caribe en el periodo posterior a la crisis financiera global, aludiendo, entre otros aspectos, a las formas de organización sindical que prevalecen en dicha región y que los inversionistas chinos de-

ben conocer, afirma, con la asesoría de especialistas en asuntos laborales, antes de asumir el riesgo de invertir. Asimismo, después de exponer un análisis detallado de las tendencias de crecimiento de la inversión extranjera directa en la región, Wu Guoping aborda el tema de las transformaciones que en materia de política económica han venido experimentando algunos países latinoamericanos, especialmente a partir de sucesiones gubernamentales que, en los últimos años, han significado también diferencias en su ideología política.

Por su parte, **Esteban Zottele**, representante de la Universidad Veracruzana en China y colaborador de esta revista, ofrece un recorrido histórico sobre las principales políticas que China ha implementado en materia de reducción de la pobreza en los últimos treinta años. Tomando como punto de partida las reformas de 1978 que dieron pie al resurgimiento económico de ese país, pero retomando acontecimientos determinantes en la historia de China, el autor demuestra que el plan de reducción de la pobreza ha sido exitoso gracias a la firme aplicación de la filosofía tradicional china combinada con elementos de la filosofía marxista, y que esta combinación se fue construyendo con la participación de los grandes líderes nacionales desde principios del siglo xx. Menciona también que, más allá de los resultados cuantitativos, el éxito del plan consiste en las mejoras que se han dado en infraestructura, en el ámbito de la salud, en la educación y en el desarrollo científico y tecnológico, lo que ha traído como consecuencia un mejor nivel de vida para la población en general.

El proceso de apertura ha impactado también al ámbito cultural y artístico. Permeada por el *orientalismo*, la percepción mundial que se tenía sobre el arte chino lo mantuvo durante siglos al margen de las manifestaciones artísticas consideradas como dominantes en el mundo occidental. Pero en los últimos tiempos, los creadores chinos han logrado plasmar en su obra plástica el resultado de un proceso de madurez y búsqueda de originalidad. **Eva Fernández del Campo**, investigadora de la Universidad Complutense de Madrid, comparte en este número un artículo sobre el arte contemporáneo de China en el proceso de mundialización, en el que ofrece algunas muestras que no se ajustan ya a los modelos que habitualmente formaban parte del imaginario colectivo acerca del arte chino y que, sin despojarse de su bagaje cultural, presentan al mundo los nuevos rumbos que los artistas chinos van tomando, emancipándose tanto de preceptos occidentales como de mandatos ancestrales, y que les abren nuevas posibilidades de posicionarse en el mundo del arte con personalidad propia.

Finalmente, debe destacarse que la aparición de este número coincide con la finalización del iii Curso "Cultura y Negocios en China", organizado por el Centro de Estudios China-Veracruz de la Universidad Veracruzana en coordinación con la Universidad de Estudios Internacionales de Beijing (bisu), cuyos importantes resultados académicos y sociales merecen un tratamiento especial en nuestra revista. **Teresa Chaires**, coordinadora editorial de la misma, tuvo a cargo la reseña de esta actividad. Y junto con nuestros compañeros **Irma Ruiz** y **Mario Alberto**

Santiago, se elabora un resumen de las actividades más relevantes de este centro de estudios, así como un compendio de las noticias internacionales que, sobre Asia oriental, han sido de mayor impacto en el periodo correspondiente a la publicación del segundo número de nuestra revista.

Para concluir esta presentación, no se puede dejar de mencionar que *Orientando* cuenta desde este número con un cuerpo de arbitraje internacional, integrado por académicos de reconocido prestigio. A todos ellos, nuestro reconocimiento, respeto y gratitud.

Aníbal Carlos Zottele

Director